

los vaudeses perseguidos un asilo y tierras en Irlanda. En fin, un congreso reunido en Turin produjo la paz (1655), estipulando un perdón general y las concesiones anteriores, con determinación de los límites á que debían sujetarse los barbets.

Permanecieron intactas sus fuerzas, dejábanles los medios de sublevarse de nuevo, lo que ejecutaron cuando la revocación del edicto de Nantes. Muchos protestantes fugitivos se refugiaron entre los vaudeses para sustraerse á las dragonadas y á las hogueras. Luis XIV exigió, pues, el que se les arrojase, y queriendo que el duque de Saboya extinguiese aquel foco de herejía y rebelión en las fronteras del Delfinado, envió tropas para precisarle á ello ó ayudarle. Prohibió Víctor Amadeo á los vaudeses el ejercicio de su culto hasta en las casas particulares; dispuso la expulsión de los ministros y de los profesores, la demolición de las iglesias, y todos los niños debían ser educados en la religión católica, so pena de cinco años de galeras los padres y de azotes las madres. Los reformados extranjeros se vieron obligados á salir; el fisco debía rescatar sus bienes, si no encontraban quien los vendiese.

Mandáronse tropas á ejecutar aquel intolerante decreto, y Catinat se puso al frente de ellas. Recordando los barbets que las montañas son los baluartes de la libertad, degollaron á sus animales y se retiraron á las cimas inaccesibles; otros empuñaron las armas para defender su creencia, y comenzó una guerra de exterminio; impulsados por el hierro y por el hambre, fueron rodeados aquellos desgraciados, muertos, arrojados en calabozos y enviados á galeras. En fin, se permitió á aquellos que se habían retirado á las montañas salir del país (1689), y encontraron asilo en Suiza.

Tan cerca de una patria que echaban de ménos muchos de ellos, quisieron recobrarla por la fuerza; y, penetrando en ella en número de nueve mil, exterminaron todo lo que les opuso resistencia. Varios fueron cogidos y ahorcados; pero habiendo ocurrido un rompimiento entre la Saboya y la Francia, consintió ésta en la vuelta de los vaudeses. Formándose entonces en regimientos con esta divisa: *La paciencia llega á ser furor cansándose*, causaron graves perjuicios en el Delfinado. Sin embargo, cuando se

restableció la paz entre Luis XIV y Víctor Amadeo, cansándose este último de su antigua intolerancia, prohibió toda comunicación entre los vaudeses de sus Estados y los de Francia, intimando á éstos evacuar el territorio. Salieron, pues, en número de mil quinientos, y se dispersaron por los cantones suizos.

Demasiada razón tenían los italianos en odiar á los franceses; pero estaban también distantes de alabar al emperador. De cuando en cuando había señales que indicaban que no habían renunciado á sus antiguas pretensiones sobre la Italia, y que estaban dispuestos á hacerlas valer siempre que no tuviesen que temer obstáculos por parte de los franceses. Considerándose ofendido un oficial imperial por el dux de Génova, pidió la corte de Viena una reparación. Mas como se hiciese aguardar, hizo marchar tropas contra la república (1699), que de esta manera se vió obligada á pagar 300.000 escudos por gastos de la guerra, además de otras satisfacciones. Un embajador austriaco cerca del papa, llamado Martiniz, renovó también las altaneras exigencias de Luis XIV, por motivos aún más frívolos; pues se trataba de presidencia en las procesiones y cuestiones de etiqueta en las ceremonias. Como era un hombre terco, sugirió al emperador despertar sus antiguas prerogativas de soberanía feudal, obligando á los actuales tenedores á justificar su posesión bajo pena de deposición. Este era el verdadero modo de trastornar la Italia, y principalmente el Piamonte, que, para ponerse al abrigo, se hubiera arrojado en brazos de la Francia. Desaprobó la España aquella medida que se dirigía á inquietar en sus propiedades á la nobleza del Milanesado, de la Sicilia y de la Cerdeña. Inocencio XII se declaró sosten de la independencia italiana, y las admoniciones llenas de firmeza que dirigió al emperador le hicieron revocar su edicto.

Aquel pontífice, á quien el emperador inspiraba desconfianza, había tratado de determinar á los príncipes de Italia á unirse para disminuir las probabilidades de guerra é impedir las usurpaciones. Pero Clemente XI, su sucesor, juzgando que la organización de aquella liga ofrecía graves dificultades, y que no sería suficiente para conseguir su objeto, prefirió declararse mediador entre la España y el Austria,

persuadiéndoles dirigiesen sus esfuerzos contra los turcos para arrojarlos de la Europa. Aquellos eran fútiles consejos, cuando dos potencias se armaban para disputar la sucesión de España. Ahora bien, la Italia, que no tenía ningún interés en ella, fué arrastrada á una guerra que la trastornó enteramente, derrocó y restauró á todos sus príncipes, y le dió, en fin, un nuevo lugar, con arreglo siempre á la voluntad de los más fuertes.

Luis XIV y el emperador Leopoldo hicieron todos los esfuerzos posibles para obtener de Clemente XI la investidura del reino de Sicilia; pero aunque ofrecieron abandonarle dos provincias del Abruzzo, se la negó á ambos, resuelto á separarse y permanecer neutral, como padre común de la cristiandad; y se ocupó en negociar con los Estados italianos, para hacer ménos funesta una guerra que ya no era posible evitar. Venecia declaró que quería permanecer neutral; Fernando, duque de Mantua, príncipe jovial dedicado á la galantería, negociaba con los franceses y les dejaba ocupar la ciudad en el momento en que decía estaba dispuesto á derramar su sangre por la causa italiana; pudieron, pues, dictar la ley á los duques de Módena y Parma.

Pero la principal fuerza residía en el duque de Saboya, Víctor Amadeo, cuyo padre y madre habían dejado, bajo el aspecto militar y político, una reputación bastante buena para incitarle á dar cima á las grandes cosas á que se sentía inclinado. Como se encontraba sujeto por la Francia, dueña de Casal y de Pignerol, se había reunido, por un tratado negociado en Venecia durante las fiestas de Carnaval, á la gran liga formada contra Luis XIV. Nombrado generalísimo de los imperiales en Italia, la jornada de Staffarda le había colocado entre los mayores capitanes; pero sucumbió después contra Catinat, que se apoderó de Saboya y Niza. Tuvo entonces que sufrir el Piamonte por parte de los franceses una verdadera guerra de bárbaros; y como Catinat, más humano que aquellos á quienes obedecía, preguntara: *¿Qué haremos? es preciso tener lástima de las desgraciadas poblaciones*; Louvois contestaba: *¿Qué es lo que habeis de hacer? Incendiar primero y después*.

Así se hizo. Villas tomadas una y dos veces,

conjuraciones intentadas, la furia francesa, la amistad española, no ménos funesta, el valor de Catinat y el del príncipe Eugenio, convirtieron aquella época en una de las más desastrosas, aunque pueda haberse señalado en ella la gloria de capitanes y la habilidad desplegada en las maniobras y expediciones. Habiendo vuelto á ser Casal centro de las operaciones, el duque de Saboya, el marqués de Leganés, el príncipe Eugenio y lord Galloway, pusieron sitio á aquella plaza; y habiéndola ganado, la restituyeron al duque de Mantua, después de haberla desmantelado.

Pero encontrando Víctor Amadeo más ventajas en seguir una política fluctuante, abandonó las filas de los aliados para pasarse al partido de Luis XIV, lo cual hizo inclinar la balanza. Recobró á Pignerol y á Casal; y habiendo quedado de esta manera independiente, pudo proponerse más grandes designios.

La guerra de sucesión le proporcionó la ocasión (1701). Catalina, su bisabuela, hija de Felipe II, se presentó entre el número de los aspirantes á la herencia española, y en una de las particiones propuestas, se trató de adjudicarle todo el Milanesado, á condición de ceder á la Francia la Saboya, el valle de Barceloneta y el condado de Niza. No habiendo llegado á verificarse este arreglo, comenzaron de nuevo las hostilidades; entonces, sin tomar partido por la Francia ni por la España, no pensó más que en bordear en medio de la tempestad con objeto de ganar el puerto deseado. Aunque no pudo ver sin recelos á sus Estados situados en medio de las posesiones francesas, si debían aumentarse con el Milanesado, reconoció á Felipe V y le dió su hija en matrimonio, conociendo bien que se exponía á un ataque inmediato si obraba de otra manera.

Milan había prestado juramento de obediencia al nieto de Luis XIV; proclamóse también su nombre en Nápoles; pero cierto número de vecinos creyeron el momento favorable para recobrar la independencia del país. Por su parte, los barones, excitados por Leopoldo, conspiraron en favor de aquel príncipe; pero no siendo secundado por el pueblo, no salieron bien de su empresa. Entonces, Leopoldo no tuvo más esperanza que la suerte de las armas; habiéndose, pues, fortificado con alianza, hizo mar-

char tropas á las órdenes del príncipe Eugenio, que tuvo por adversarios á Catinat y á Vaudemont. Efectuó Eugenio el admirable paso del monte de la Pergola, y descendió al Adige, favorecido subrepticamente por Venecia y Víctor Amadeo, siempre vacilante en su política. Batió completamente en Chiari al presuntuoso Villerroi, que había reemplazado al prudente Catinat (1702); hasta le hizo prisionero en Cremona, donde entró por sorpresa; pero fué de nuevo rechazado por los franceses en un ataque nocturno.

Entonces llegó de Francia el duque de Vendome, hombre terco, orgulloso, indolente, pero soldado feliz: bajo su mando prosperaron las armas francesas, hasta el momento en que Víctor Amadeo, por antiguos motivos y nuevos pretextos, se separó de la Francia y verificó con el emperador el tratado de Turin (1703). Leopoldo prometía sostener en el Piamonte catorce mil infantes y seis mil caballos, confiando al duque el mando general, tanto de aquellas tropas como de las demas de Lombardia, con ochenta mil escudos mensuales. Cedíale además el Monferrato, separando del Milanesado á Alejandria, Valencia, la Lomellina y la Valsesia, con un camino para la comunicacion de aquellas dos provincias; reservábanse otras ventajas sobre las conquistas futuras, y principalmente la posesion del Vigevanasco.

Atacado por los franceses, perdió Víctor Amadeo la Saboya y la provincia de Niza, con una parte del Piamonte; ya no le quedaba más que Cuneo y Turin, lo cual le obligó á enviar su familia á Génova (1706). Vendome, que las victorias de Cassano y Calcinato habían cubierto de gloria, fué llamado á Francia para hacer frente á Marlborough y se envió en su lugar al duque de Orleans, que sitió á Turin. El valor de los piamonteses, la devocion que prestó ayuda á la bravura, y la victoria que coronó la defensa, harán para siempre memorable aquel acontecimiento, que aún celebra el Piamonte todos los años en la montaña de Superga, en la que Víctor Amadeo hizo construir, en cumplimiento de un voto, una iglesia consagrada á la Virgen.

Acogido aquel príncipe en triunfo en su libertada capital, recobró sus dominios y tomó posesion del Monferrato, como tambien de la

parte del Milanesado que se le había cedido. Reclamó además la entrega del Novarais y del Vigevanasco, que le habían sido prometidos por artículos secretos.

Desde aquel momento renunció la Francia á toda esperanza por parte de la Lombardia, cuyo emperador José I invistió con ella á su hermano el archiduque Carlos. Reunióse tambien el territorio de Mántua al imperio; y proscribió el duque como traidor, abandonó el país con una pensión de cuatrocientas mil libras que le asignó la Francia, y le proporcionó los medios de ostentar sus vicios en Pádua y Verona; con él concluyó una rama de la casa de Gonzaga. El príncipe de Castiglione y Francisco María Pico, duque de la Mirandola, cuyos dominios ocupó tambien el emperador, se retiraron ambos á Venecia. Renaldo de Módena, que había adoptado el partido del Austria, fué desposeido por los franceses, y restablecido despues por el emperador, que además le vendió la Mirandola. El papa había tenido que sufrir los insultos y asolaciones ejercidas por los alemanes en su territorio: excomulgó á los imperiales por su invasion de Parma y Plasencia; pero no pudo impedirles pasar de las puertas de su capital para ir á conquistar á Nápoles. Mientras que la Francia y la España dormían, se adelantaron á las órdenes del general Daun, defensor de Turin, y entraron en Nápoles prometiendo al pueblo sostener todos sus antiguos privilegios (1707). No pudieron llegar á Sicilia; pero para castigar al papa, el emperador ocupó á Comacchio é invadió el patrimonio de San Pedro, lo que forzó á Clemente á consentir en un arreglo que se verificó con condiciones bastante favorables.

La Cerdeña permaneció tambien fiel á Felipe V, hasta el momento en que los austriacos la ocuparon con ayuda de la escuadra inglesa. Aquella ambicion del Austria perjudicó á los proyectos de sus aliados; pues semejante diversion los redujo á la impotencia, mientras que hubieran podido aprovecharse del espanto causado en Francia por la derrota sufrida en el Piamonte, para dirigir un terrible ataque contra aquel reino, que no se encontraba preparado. Además excitaba su envidia el engrandecimiento del emperador; y el ministro inglés, que había sido reemplazado, daba una nueva

direccion á la política; túvose, pues, que pensar en la paz.

La reina Ana, que tenía una predileccion particular hácia Víctor Amadeo por su valor caballeresco (1713), impuso como una de las primeras condiciones de la paz de Utrecht el que se le cediera la Sicilia, con el título de rey que deseaba ardientemente; restituyéronle además el condado de Niza, el valle de Pragelas y otros, quitándole el de Barceloneta; de lo que resultó que la cima del monte Ginebro fué la frontera entre el Piamonte y la Francia.

El emperador conservó todo lo que poseía en Italia, es decir, el reino de Nápoles, el ducado de Milan, la Cerdeña, los puertos y plazas situadas en las costas de Toscana; y á aquella España, que por espacio de dos siglos había amenazado absorber á toda la Italia, no le quedó más que una pulgada de terreno en la península.

La Sicilia celebró la coronacion de Víctor Amadeo; pero cuando le vió volver á sus estados del Piamonte, le odió como extranjero; añádase á esto que la reservá piamontesa desagradaba cada vez más á la vivacidad meridional de la poblacion. Suscitáronse diferencias entre Víctor y el papa, diferencias provocadas por el obispo de Lipari; resultaron excomuniones, castigos, destierros que hicieron miserable al país hasta el momento en que la Sicilia pudo cambiarse por Cerdeña.

Venecia había aún despedido una vez más un vivo resplandor en la guerra de Candia, en la que los nobles se enriquecieron, mientras que el Estado se empobrecia y consumía el fondo de reserva llamado la grande arca. Con objeto de obtener las sumas necesarias, sacó á subasta los empleos de los procuradores de San Marcos, bajo el tipo de veinticinco mil ducados, y los ascendió de tres á seis, despues hasta cuarenta y uno; algunos de los candidatos los pagaron á cien mil ducados. Cierta número de personas, hasta extranjeras, fueron ennoblecidas por dinero, y de esta manera tuvieron entrada ciento sesenta y siete familias en el libro de oro, proporcionando al tesoro ocho millones de ducados. Dejó el papa que la república confiscase los bienes de los Porte-Croix y de los Jesuats (*Crofigeri y Gesuati*), condescendencia que se pagó con la admision de los jesuitas.

Prestóse dinero hasta el siete por ciento, y despues se redujo el interés. Venecia dió aún pruebas de energía en sus consejos y de valor militar en la nueva guerra contra los turcos, y se terminó con la paz de Carlowitz (1699), que mientras que subsistió la república determinó sus relaciones con la Puerta.

Quiso permanecer neutral durante la guerra de sucesion. Pero no teniendo bastantes tropas, se vió expuesta á los insultos de ambos partidos, no sólo por tierra, sino tambien por mar, lo que la hizo decaer de la reputacion que había adquirido en la guerra de Candia.

CAPÍTULO XVII

Reseña general de los acontecimientos más notables hasta el siglo XIX.

Carlos II, rey de España, murió sin sucesion nombrando en su testamento heredero de todos sus Estados á Felipe de Borbon (1700), duque de Anjou, hijo segundo del Delfin y nieto de Luis XIV. La casa de Austria, por el sentimiento de perder la corona de España, por la antigua rivalidad con la Francia y por envidia personal á Luis XIV, protestó contra la proclamacion de Felipe V, á pretexto de impedir el engrandecimiento de Luis XIV y de conservar el equilibrio europeo. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandemburgo, el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron un tratado en el Haya, conocido con el nombre de Grande Alianza, contra la Francia y la España.

La primera campaña (1702) formal comenzó por la Lombardia y demas Estados españoles en Italia, extendiéndose despues á los Países-Bajos, á la Alemania, y principalmente á las costas de España. Ninguno mereció exclusivamente en esta campaña los honores de la victoria; porque si bien la escuadra combinada holandesa é inglesa tomó el puerto de Santa María y batió con grandes pérdidas en las aguas de Vigo á la española y francesa, tambien es cierto que Felipe V ganó en Italia á los imperiales las batallas de Santa Victoria y de Luzara.

En la que siguió (1704), comenzó á declararse la fortuna contra los Borbones. En la Península desembarcó el archiduque Carlos en Lisboa con 9.000 ingleses; el almirante inglés Book se apoderó de la importante plaza de Gibraltar;